

LA HUELLA DE LAS MUJERES EN LA EDUCACIÓN **OTRAS NOS HAN PRECEDIDO**



La necesidad que las mujeres sienten, cada vez más, de recuperar la memoria sobre sí mismas, de acudir al pasado para rehacer una genealogía hasta ahora sin transmisión articulada, responde –en palabras de la historiadora norteamericana Joan Kelly– no tanto al deseo de “devolver las mujeres a la historia”, cuanto al de “devolver la historia a las mujeres”.

Consuelo FLECHA GARCÍA
Universidad de Sevilla

Y ninguna tradición más larga, ninguna realidad más visible en la cotidianidad, que la de su protagonismo en los procesos educativos dentro de la familia desde

siempre, en los conventos durante muchos siglos, y en la escuela más tarde; en un modelo educativo fundado sobre la transmisión oral de saberes, normas y valores de comportamiento, o en la lenta construcción del ideal alfabetiza-

dor de la cultura escolar. Participación que nos habla de formas y de mediaciones simbólicas en cada caso, y que es referencia de la huella dejada por las mujeres en palabras y en acciones de las que hay constancia.

UN ACCESO A LA EDUCACIÓN LENTO Y SEGREGADO

El desarrollo de los estudios sobre historia de las mujeres nos permite acceder hoy a muchas que, de muy diferentes formas y en diversos campos, ejercieron un magisterio, no sólo entre mujeres, que conocíamos poco. Aunque fue la incorporación progresiva de la población femenina a la educación escolar en el último siglo, la que ha hecho posible la presencia mayoritaria de profesoras en los espacios que se reconocen básicos para el desarrollo personal de quienes pasan por ellos.

Un acceso lento, y segregado en cuanto a las formas, de alumnas y de profesoras en la primera etapa —modos, lugares, contenidos—, pero que ha llegado a la situación que conocemos en la actualidad de compartir los mismos espacios, el mismo currículum y las mismas referencias; realidad que está pidiendo hacer una reflexión crítica del proceso seguido, un análisis de los objetivos alcanzados y una toma de conciencia de los desajustes que han podido acompañar este desarrollo, en parte esperable pero, desde luego, quizás no de manera tan espectacular.

Por eso, a la inicial voluntad de los grupos que apoyaron el deseo de las primeras estudiantes, a la exigencia de alfabetizar —por razones económicas, familiares y sociales— a las niñas, y a la explosión de profesoras y alumnas en todos los niveles de enseñanza, se ha unido, en las últimas décadas, el planteamiento de políticas de oportunidades para la igualdad, que respalden, que apoyen, que orienten y que sirvan de estímulo a esa presencia ya mayoritaria de unas y otras, así como a los éxitos académicos con que se ha manifestado.

Considero que, en todo ese proceso, las maes-

tras y las profesoras han sido las principales acompañantes de una trayectoria colectiva que fue conformando los espacios previstos para las niñas y las jóvenes, a lo largo de cada una de las etapas que podrían establecerse; que supieron recrearlos haciendo de ellos no sólo el eco de la palabra recibida desde el exterior, sino despertando, al mismo tiempo, relaciones de autoridad femenina que permitieron incorporar al imaginario de las niñas sobre sus propias vidas, elementos que fueran más allá del poder representado por hombres, que era el único que podían visibilizar en la sociedad.

Mujeres que personalmente, con su actividad dentro y fuera de la escuela, no sólo encontraron un camino para integrarse en la vida social, sino que contribuyeron desde ella bien a los cambios, o bien a la permanencia, de los acontecimientos que acompañaron sus vidas; es decir, que fueron socialmente activas más allá de los ámbitos domésticos.



Muchas maestras fueron referencia para sus alumnas de un estilo más libre de ser mujer

VOCES ALTERNATIVAS AL "DEBER SER"

Mujeres a las que sus estudios abrían a un trabajo profesional y a una autonomía económica y familiar que les permitieron itinerarios biográficos desde visiones y voces alternativas al *deber ser* de su vida como mujeres, con márgenes menos estrictos, cuando eso no era tan habitual. Lo que se convertía para sus alumnas en referencia de un estilo más libre de ser mujer y en una nueva mediación para explicar el mundo que las rodeaba.

Mujeres que sí asumieron el mensaje de domesticidad que tenían que hacer llegar a cada alumna, pero para las que no se puede generalizar que estuvieran prioritariamente marcadas en su práctica docente por un ideal que, más

que en los programas escolares, estaba presente en la mentalidad social del tiempo que les tocó vivir. Los testimonios que nos acercan a la labor realizada hablan, más bien, de su capacidad para adaptarse a las expectativas vitales que preveían en sus alumnas, ofreciendo propuestas muy diferentes de acuerdo con ellas. Los años de escolaridad previsible, las circunstancias geográficas, socioculturales y económicas, la motivación, el rendimiento, la personalidad, etc. tamizaban sus modos de proceder con cada una de sus alumnas. En los mismos libros de texto que escri-

bieron y publicaron muchas de ellas, que fueron utilizados en las escuelas de niñas, se pone también de manifiesto esa diversidad al desarrollar los contenidos, al proponer actividades y en los modelos de referencia que a través de ellos ofrecían.

Testimonios que dan la impresión de que la escuela, el aula, estaba dirigida por un sentido de la autoridad femenina que incorporaba formas de relación propias de otro ámbito, el familiar, que no se querían perder en éste, porque eran útiles para lo que ellas pretendían. Modos que difuminaban el límite entre lo público —la escuela— y lo privado —la familia—, con los que quizás intentaban que, maestras y alumnas, pudieran encontrar en las aulas algún reflejo de su propia casa, ese “lugar simbólico donde se trae al mundo el mundo”.

Mujeres, en fin, que deseaban buscar y reconocer el saber de las que estaban en la misma tarea, porque eran conscientes de la insuficiencia de tenerse sólo a sí mismas, y de las referencias que les ofrecían los hombres. Que querían decidir con otras el modo de ocupar los espacios en los que habían entrado, como lo demuestra la red de relaciones entre ellas que conocemos en todos los períodos, y algunos escritos que nos acercan a los llamamientos que se hacían para que así fuera. De ellos recogemos el de Pilar Velasco, Profesora de la Escuela Normal de Maestras de Sevilla, que en 1914 escribía: “Sería utilísimo que mediara más contacto entre las profesoras, organizando reuniones periódicas”.

TOMAR LA PALABRA

He señalado antes que la situación actual ha

cambiado mucho. La feminización de la profesión docente es un hecho en infantil, en primaria y en secundaria, y se incrementa año tras año en la Universidad. Y parece que la socie-

La feminización de la profesión docente es un hecho en infantil, primaria y secundaria, y se incrementa en la universidad

dad ha asimilado como normal que las profesoras transmitan y las alumnas reciban un mensaje uniforme, homologado desde lo masculino, en el que los saberes y los sentires de las mujeres han desaparecido: ¿por menos valiosos? ¿por menos útiles para el mundo de lo público?, ¿por no romper con un modelo que se consideraba eficaz?, ¿porque las propias jóvenes han querido marcar distancias respecto de lo recibido por sus madres?, nos podemos preguntar.

No sé si han sido una o varias las razones que nos han traído hasta aquí a profesoras y a alumnas, pero lo que sí tenemos que rastrear, cada vez con mayor inquietud, es dónde han quedado las necesidades y los deseos de las niñas y de las mujeres por tomar la palabra desde ellas mismas, por aprender no desde la uniformidad, por superar un pensamiento y un conocimiento



humano que, en lugar de haberse hecho menos androcéntrico, más universal, ha cancelado lo femenino por irrelevante desde lo político y económicamente rentable. No pocas de ellas han empezado ya a darse cuenta de que lo masculino no puede ser el eje de la experiencia humana en los contenidos y en los valores que se transmiten y se construyen en la escuela, dejando lo femenino relegado a los márgenes. Perciben que hay que hacer de las aulas un espacio que tenga en cuenta los deseos, las necesidades y los proyectos de quienes tienen el derecho y el deber de permanecer muchos años en ellas, sean niñas o niños.

La nueva conciencia social de lo femenino y lo masculino está generando experiencias de las que se deduce que profesoras y alumnas están interesadas no sólo por el acceso a la palabra y a la lógica que la cultura conformada ofrece, sino que también sienten la necesidad de entrar en un pensamiento y en un conocimiento propios, que dé un sentido más amplio a su presencia en la educación y que les permita definirse mejor a sí mismas y al mundo que les rodea. Que no sólo haga posible una

redistribución de posibilidades sino que integre, al mismo tiempo, la capacidad de reconocimiento y valoración de las diferencias como una dimensión de la igualdad social.

El mundo de la educación está lleno de mujeres, pero persiste aún el dominio simbólico masculino

EL MALESTAR MASCULINO

El mundo de la educación está lleno de mujeres, pero las contradicciones siguen apareciendo en el desnivel evidente entre una superioridad numérica femenina y un todavía dominio simbólico masculino, quizás porque donde ellas están es dentro de las aulas, no en la planificación y en la gestión de los proyectos educativos. Pensemos en cada una de las asignaturas, en el lenguaje, en los valores, en el modelo de relaciones, etc. dentro del ámbito escolar.

Sin embargo, y a la vez, estamos asistiendo igualmente a un cierto malestar masculino; más

concretamente, de los chicos dentro de la escuela, lo que se refleja, por ejemplo, en más indisciplina o en menor rendimiento. Las mujeres han cambiado mucho en poco tiempo, los hombres no. Y han empezado a percibir el desequilibrio simbólico que ello está provocando. Mayor indisciplina y fracaso escolar de los alumnos que están aunando voluntades para reformas que, una vez más, pueden tener como origen y como destino sólo una parte de la realidad, la que podemos empezar a denominar "la cuestión masculina", dejando que el hacer y el saber de las mujeres sobre la escuela queden, una vez más, latentes, silenciados, sin reconocerles autoridad, esa luz que ilumina cuando queremos mirar algo.

La profesión docente ha sido, sin duda, la posibilidad mejor aceptada por el medio social en el que se produjo la incorporación de mujeres a ella, para ejercer un trabajo que requería una preparación académica específica. Y es hoy el ámbito laboral en el que su presencia es predominante. Fue el primero y es, hasta ahora, el no superado espacio de un proceso de feminización que va extendiéndose a otros ámbitos del mundo del trabajo.

La huella está ahí y permite conocer y hacer genealogía. Desde ella, esta larga y predominante presencia femenina pide que las profesoras, junto a sus alumnas, reclamen el hueco que le corresponde a esa diferencia femenina que promueve la igualdad social, no que la retarda, que es libertad, no destino, que hace posible partir de sí misma para abrirse al mundo. ■

